

Siete muertes

María Laura Dedé



Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría

Edición: Pilar Muñoz Lascano

Autora de secciones especiales: Pilar Muñoz Lascano

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramación: Karina Dominguez

Ilustración de tapa: Fernando Falcone

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez



Dedé, María Laura

Siete muertes / María Laura Dedé ; ilustrado por Fernando Falcone. -
1a ed. - Boulogne : Estrada, 2016.
160 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Roja ; 66)

ISBN 978-950-01-1857-6

1. Narrativa. 2. Novela. I. Falcone, Fernando, ilus. II. Título.
CDD A863



Colección Azulejos - Serie Roja

66

© Editorial Estrada S. A., 2016

Editorial Estrada S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1857-6

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

BIO-
GRAFÍA



MARÍA LAURA nació en 1970 en Buenos Aires, ciudad en la que hoy vive. En ese momento sus padres la llamaron María Laura Díaz Domínguez pero muchos años después, ya adulta, convirtió Díaz Domínguez en “Dedé”.

Estudió Diseño Gráfico y trabajó exclusivamente como diseñadora en diversos estudios y agencias de la Argentina por muchos años. Hasta que en el año 2003 decidió seguir su pasión y comenzó a dedicarle la mayor parte del tiempo a los libros para niños. Y desde entonces es, además de diseñadora gráfica, ilustradora y escritora.

Obtuvo, entre otras distinciones, el Primer Premio de Poesía y Cuento Jitanjáfora 2007; *El capitán Smack* fue finalista en el Concurso Sigmar de Literatura Infantil y Juvenil 2009; y su novela *Magia de Al-Muhadá* recibió una Mención de Honor en el Concurso Internacional “Los niños del Mercosur”, Comunicarte, 2011. También recibió una Mención especial en el II Certamen Internacional de Videopoemas “Aguas de Alcázar”, España, 2012.

Algunos de sus libros son: *Tres peces verdes*, *Una voz en la casa prohibida*, *Nubifuz*, *¿Rey?*, *La casa perfecta* y *Cabeza de monstruo*. En la colección Azulejos publicó *El comedor de las tinieblas*, la primera parte de esta novela.

Su web es www.marialauradede.com.ar

LA NOVELA

La novela es una narración de hechos ficticios, es decir, imaginarios. Al igual que el cuento, pertenece al género literario narrativo, pero se diferencia por tener una mayor extensión. Es el más tardío de los géneros literarios. Si bien en la Edad Antigua existían los relatos narrativos en verso como la *Ilíada* y la *Odisea*, los primeros exponentes de novela pertenecen a la Edad Media. La novela, tal como la entendemos hoy, surge en el siglo XVII con *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes.

La novela, así como el cuento, presenta un argumento construido con núcleos narrativos, que son los acontecimientos del relato. Además, la novela, como el cuento, presenta una trama, que es la dinámica interna del relato, es el modo en que los hechos son narrados. Y esto involucra un tipo de narrador, una perspectiva, un tiempo y un ritmo para el relato.

Cuando hablamos del tiempo deben diferenciarse dos cuestiones. Por un lado está el tiempo del relato, es el tiempo en el que transcurre la historia y depende del lapso transcurrido entre la acción que se propone contar el narrador y el acto de ponerse a narrarla. Es posible narrar desde tres lugares temporales:

- El tiempo del narrador y el tiempo de lo narrado coinciden, por lo que el narrador narra en el presente gramatical.
- El narrador se sitúa en el presente para narrar hechos que han ocurrido en el pasado, y emplea los tiempos pasados para contar.
- El narrador narra, desde un pasado, hechos que ocurren en el presente o en el futuro. Es la opción menos frecuente y la más compleja. Sobre ella dice Mario Vargas Llosa: “El narrador narra hechos que no han ocurrido todavía, ocurrirán cuando él haya terminado de narrarlos y sobre los cuales, por lo tanto, gravita una indeterminación esencial: no hay la misma certeza de que ocurran como cuando el narrador se coloca en un presente o un futuro para narrar hechos ya ocurridos o que van ocurriendo mientras los narra”. En este caso el narrador utiliza tiempos verbales futuros.

Por otra parte, el relato es contado a determinado ritmo. El narrador puede acelerar o ralentizar el ritmo del relato a través de cuatro movimientos narrativos:

- La pausa, a través de la descripción o una digresión reflexiva, desacelera el ritmo del relato ya que la narración de los hechos se interrumpe.
- La escena crea una sensación de igualdad entre los hechos que se narran y la manera de narrarlos, y la forma más habitual es el diálogo.
- El sumario, a través de la síntesis o la concentración de los hechos, permite que la historia avance en pocas líneas y por lo tanto el ritmo se acelera.
- La elipsis es la que permite que el ritmo progrese silenciando un período de tiempo que se sobreentiende.

LA NOVELA DE SUSPENSE O SUSPENSO

En inglés se usa la palabra *thriller*, en español es más frecuente suspense o suspenso, un término procedente de la palabra latina que significa “colgar”. Para algunos se trata de un género o subgénero, para otros es un recurso literario. David Lodge señala que el suspense es “un efecto asociado especialmente a la novela de aventuras y al híbrido de novela de detective y novela de aventuras que conocemos como thriller. Los relatos de esa clase se basan en colocar al héroe repetidamente en situaciones de extremo peligro, suscitando de ese modo en el lector emociones solidarias de miedo y ansiedad en lo que respecta al desenlace”.

El principal objetivo en este tipo de novelas es mantener al lector a la expectativa, en estado de tensión y atento a lo que pueda ocurrirles a los personajes, o sea, atento al desarrollo del conflicto y el desenlace de la narración. Se caracterizan además por tener un ritmo rápido, acción frecuente o constante, y héroes ingeniosos que deben enfrentar y frustrar los planes de los antagonistas, quienes por lo general son más poderosos o están en una mejor posición.

En la mayoría de los casos, el narrador está en tercera persona gramatical, ya que suele tratarse de un narrador que aporta información al mismo tiempo al protagonista y al lector. De este modo el lector compite con el protagonista por llegar a la meta antes que él, por descubrir los hilos ocultos de la trama

antes de que le sean revelados. Sin embargo, en *Siete muertes* no sucede esto, ya que el narrador está en primera persona protagonista, de modo que el narrador sabe en el momento de la narración cómo terminaron los hechos. Pero esto también vuelve interesante la trama puesto que los lectores pueden identificarse con el protagonista con mayor facilidad.

En las novelas de suspenso, la intriga puede ser de distinto tipo, y es por eso que pueden aparecer características de otros tipos de novelas, u otros tipos de novelas pueden tener suspenso. Resulta así que si el misterio es descubrir al culpable de un crimen, se tratará de un relato policial. Y si los hechos transcurren en un espacio semejante al de la vida cotidiana, pero acontecen sucesos extraños que irrumpen y producen miedo, se tratará de un relato de terror.

Las novelas de finales del siglo XX y del siglo XXI no suelen responder a géneros puros, sino que se trata de relatos experimentales en los que el lector coopera textualmente para desentramar los hechos.

Siete muertes

María Laura Dedé

Introducción

A Wash, Vannia, y a Pedro y los demás,
porque sin ellos nada de esto hubiera sido posible.
A Lupe, que le encanta que la nombren.

A la vida y la muerte, que son una.

No sé si te lo dije antes: soy Washington Patch. Si te olvidás no pasa nada ¿eh?, es que el nombre parece inglés. A veces hasta yo dudo, porque los únicos que me llaman así son mis profesores al pasar lista, mis padres si se enojan y mis hermanos cuando me quieren cargar. Si no, soy siempre “Wash”. Incluso yo mismo me llamo “Wash” cuando me pienso. O cuando pienso que tengo que pensar, entonces me digo: “Pensá, Wash, pensá.”

Y este verano, la verdad, aunque lo único que quería era no pensar, tuve que hacerlo bastante. Es que pasaron muchas cosas. Pasó lo que, para bien y para mal, hacía un año y medio estaba esperando y también temiendo que pasara. Pero no quiero adelantarme; mejor empiezo a contarte desde el principio.

Yo, hace dos veranos, cuando terminé el secundario, me fui de vacaciones solo a recorrer algunas ciudades de Europa. Estuvo bueno. ¿La última parada? Castelldefels, un pueblo cerca de Barcelona, donde iba a estar dos o tres días viviendo en la casa de Pedro, un amigo un poco más grande que yo, que tenía veinticuatro. Pero no me quedé dos o tres días, sino seis. Seis meses. Es que me enamoré... qué iba a hacer. La chica se llama Vannia, tiene ojos de mar y el pelo

1 | El principio

largo y pelirrojo, tirando a rubio. (O rubio tirando a pelirrojo, qué sé yo).

En esos meses, en Castelldefels, Vannia y yo vivimos cosas muy fuertes. Trabajamos en su restaurante (porque ella tenía un restaurante; el papá, bah), paseamos, nos disfrazamos, bailamos, nos besamos y, ya que estábamos, con mis conocimientos de tragos la ayudé a zafar de ser una asesina en serie.

Después yo volví a Montevideo, mi ciudad, pero antes le prometí que viajaría a verla lo antes posible. Por eso durante todos los fines de semana del año y medio siguiente trabajé de barman en boliches, para ahorrar para el pasaje, mientras estudiaba Química en la Universidad.

Mis padres querían que yo siguiera Medicina, pero a mí nunca me gustó abrir cadáveres, y menos si tienen sangre... aunque después tuve que ver bastante. ¡Uy! Otra vez me adelanté.

Todo empezó el primer viernes de enero, en Apocalipsis, “el boliche del verano”, en Colonia del Sacramento.

Colonia del Sacramento es la ciudad más antigua de Uruguay, fundada en 1680. Lo sé porque lo leí en un museo. Tan linda es, que fue declarada “Patrimonio de la Humanidad” por la Unesco (lo leí en otro museo). Pero ese enero yo no había ido a Colonia porque era antigua o linda, sino porque en Colonia estaba Apocalipsis y además vivía mi tía Delia, así que ya tenía dónde dormir.

Es que justo después de rendir el último parcial, me pasaron el dato de que en Apocalipsis buscaban un barman de jueves a domingo. Era justo lo que yo necesitaba: el empujón final para poder ahorrar, comprar el pasaje a España y ver a Vannia; así que no lo dudé y tomé el primer micro que salía para Colonia.

Tenía que ver a Vannia cuanto antes. Hacía mucho que no recibía noticias de ella. Cero. Ella siempre me escribía, me llamaba o algo, pero desde que le pedí que no viera más a Pedro, su celular siempre estaba apagado o fuera del área de cobertura.

No se lo había pedido porque estuviera celoso, para nada. Pedro era mi amigo y además era normal que se vieran,

vivían en la misma ciudad y ninguno de los dos tenía familia: la de él vivía en Argentina y Lugh, el padrastro de Vannia, por fin estaba muerto y enterrado.

El problema eran los ojos. Los ojos de Pedro. Los ojos de gato. Es que aquella vez en el aeropuerto, cuando me iba, yo había visto en Pedro ojos de gato. Aún no sabía lo que esos ojos encerraban (si tenían gato encerrado, bah), pero sí que Vannia debía alejarse. Terminé de convencerme cuando ella me contó que Pedro, en la última visita a su restaurante, le había pedido leer el libro de Lugh.

¿Y qué tiene de malo leer un libro? Después de todo, siempre nos machacan con la lectura. Es que hay libros peligrosos, y este era de los peores. Era un libro... digamos... de hechicería. En sus páginas, año tras año, Lugh (que como te dije era el padrastro de Vannia, pero para ella era el papá) había ido plasmando allí sus descubrimientos. Primero transcribió las fórmulas de su propio padre (el abuelo de Vannia, quien a su vez las había copiado de algunos ritos africanos) y después escribió sus propios experimentos. ¿Experimentos para qué? Primero, para perfeccionar la técnica “zombi” (sí, convertir humanos en zombis, algo que dicen que hacían los africanos y lo practicaba el papá en el Congo Belga, para que los esclavos trabajaran más). Y después se la pasó estudiando para llegar a algo todavía más ambicioso, lo que Gilgamesh y los caballeros del Rey Arturo ya buscaban en el inicio de los tiempos: la inmortalidad. Y, aunque no me creas, combinando esos estudios con la

técnica zombi, llegó a algo parecido. Empezó a usar esas vidas robadas a los zombis para alargar la suya. La fórmula a la que había llegado servía para robar seis vidas (nada más) y así tener siete en total, con la propia. Siete vidas, como un gato, y se acabó. Así, después de décadas de prueba y error, Lugh aceptó que su vida sería larga, pero finita. No digo “finita” de angosta, sino de que tenía fin.

Muchos años más tarde elaboró su segunda obra maestra: una bebida que le pasaba a otra persona ese apremiante impulso de robar. Robar vidas, digo. Una especie de reencarnación de su poder.

Lugh quería reencarnar en Vannia, claro. Qué padre no quiere dejarle un legado a su hija. Mis viejos, por ejemplo, querían que yo fuera médico como ellos (creo que ya te lo dije). Pero ¿y nosotros qué?, ¿acaso no somos los únicos dueños de nuestra vida? Que nos hayan criado no les da derecho a decidir. Si los deseos coinciden, ¡felicidades! y si no, a otra cosa mariposa. Vannia lo entendió así y finalmente le dio un giro a la oscura historia que Lugh había urdido para ella: me encargó a mí que hiciera un trago de mentira —un placebo— para engañarlo, y que su vil poder no le fuera traspasado. Yo lo hice y funcionó. Vannia lo bebió, y Lugh y su poder cayeron muertos para siempre. Caput.

O eso pensaba.